

# CENA ENTRE AMIGOS

Más sumo y menos sacerdote que nunca, Joaquín Gracia  
No baja la guardia, su fiel acólito Jesús M. Vidal

## PRÓLOGO

Alzando la copa, el joven mago, como anfitrión de la agradable velada, quiso hacer un brindis. Con la mirada recorrió los asientos deteniéndose unos instantes en cada uno de los presentes. Justo a su derecha se encontraba Caldam, el serio caballero, fiel seguidor del Alto Código; al lado de éste, Jinash atacaba por varios flancos un indefenso muslo de pollo, el pobre estaba sentenciado; cerca de él, la alegre pareja formada por Selva y Ensueño, los nómadas del norte. Frente a él, ocupando la otra cabecera de la mesa, estaba el caminante de los largos senderos, Fiudus, su mejor guía en las situaciones difíciles, y también el peor. A su lado, Nurbilak, miembro de la comunidad del templo de Midir, dios de la música, y Jorbash, el enano rebelde que, junto con el iniciado del dios de las artes, se había unido a la Hermandad en su última aventura para derrotar al perverso gobernador de Urbal. A su lado, frente a Jinash, se encontraba Kasohn, un gran amigo y, entre los bárbaros que conocía, el que mejor manejaba el hacha en el combate. Finalmente, sentada a su lado, la dulce hada Irune, invitada especial del hechicero para esa cena.

Tratando de aprovechar un momento de silencio en la animada conversación, Jairo, comenzó:

–Quiero...

En ese preciso instante, el pequeño pero recio y musculoso montaraz tragó el bocado que se había llevado a la boca e interrumpió a su amigo:

–Como te iba diciendo, Nurbilak, aquel archimago conjuró de los mismísimos infiernos una criatura sobrenatural y maligna de casi tres pasos de alto. Su aliento se mezcló con el olor a azufre del conjuro lo que hizo el aire casi irrespirable. Un calor seco se extendió a su alrededor haciendo que uno llegara a pensar que estallaría en llamas. Sus poderosos músculos, grabados a cincel sobre su piel cobriza, se encontraban tensos, preparados para el ataque. Cualquiera se habría asustado pero yo no soy cualquiera. Entonces su cola restalló en el aire como un látigo, un rugido gutural escapó de sus enormes fauces llenas de puntiagudos y marfileños colmillos, sus ojos rojos de serpiente se fijaron en mí, sus piernas le hicieron saltar casi diez pasos hasta donde me encontraba y con sus mortíferas y afiladas garras intentó sesgar mi vida.

Fiudus tomó aliento tras la larga parrafada (ésta es la mía, pensó Jairo). Antes de que pudiera continuar, Caldam, dejando a Jairo con la palabra en la boca otra vez, le preguntó:

–Así que invocó un demonio, ¿no?

–Pues sí, eso es lo que hizo, precisamente. Lo que pasa es que aún no había llegado a esa parte.

–Con la facilidad que tienes para convertir una historia en una epopeya, deberías haberte hecho bardo, no montaraz –a esta afirmación asintieron todos, como sabedores de que la vida podía haber sido muy distinta para ellos así.

–Ya lo intenté, ya, pero esos elitistas no admitían a gente de mi talla.

–Qué mala suerte –dijo Nurbilak. Y la hermandad al completo volvió a asentir.

–De todos modos, ya sabemos lo que es un demonio –acertó a decir Ensueño.

Mientras la discusión derivaba a otros derroteros, el pobre mago, olvidado en un extremo de la mesa, bebía indiferente un silencioso trago del líquido amarillento de su copa.

–Bébeme –musitó la copa.

–Ah, cállate –dijo Jairo.

La conversación siguió largo rato y casi nadie se percató de lo sucedido.

Echó un vistazo al reloj de la pared y hablándole al oído a Iruna se excusó un momento.

–Vuelvo enseguida.

Las ropas holgadas que siempre llevaba ondearon cuando abrió una de las puertas de la sala. Andando por los pasillos, escuchó la voz de Fiudus:

–Quiero brindar por nosotros, por que sigamos reuniéndonos todos los años y celebremos nuestra Hermandad.

De nuevo, desde la primera vez que él intentó ese brindis, el montaraz se le había vuelto a adelantar.

## CAPÍTULO I

–Creo que no deberíamos entrar, no hemos sido invitados y el Código...

–A la mierda el Código, Caldam, estoy harto de los dichosos secretitos del mago. He dicho que vamos a entrar y vamos a entrar en su laboratorio. Seguro que encontramos algo interesante.

–Eso, eso. Impónte, Fiudus –apoyó Ensueño–. Siempre he querido saber lo que había en el laboratorio de un mago.

El resto, aunque algo indeciso, secundó la propuesta del montaraz. Todos sabían que, algunas veces, el hechicero gastaba de muy mal genio aunque la mayoría de las ocasiones lo transigía casi todo, en especial a Fiudus y su cabezonería.

–Sigo pensando que no debemos entrar.

–Tú haz lo que quieras. Vete a aguar la fiesta a otros.

El caballero, con los labios apretados, se dio la vuelta y regresó a la sala donde todavía quedaban Kasohn e Irune, que recordaban entre grandes carcajadas el momento cuando se conocieron. Mientras, los otros, dejando entornada la puerta se adentraron en el ingente complejo de las habitaciones personales del mago. En una pequeña antesala inicial dispuestas ordenadamente en varias estanterías había un sinfín de cajitas y cajas de madera de todas las formas y relieves posibles. Podían verse desde las sencillas cajas del carpintero de aldea hasta las delicadas obras de arte de los artesanos elfos pasando por las funcionales enanas o las prácticas de los medianos. Sin embargo, todas estaban

vacías para desilusión del grupo que esperaba encontrar cuando menos alas de murciélago, escamas de serpiente, polvo de hada o..., bueno, delicias de chocolate cuando menos.

Todos ellos quedaron atónitos ante la ciclópea sala que se extendía ante sus ojos tras la segunda puerta. Era tan grande como el conocido templo de Crimer en la capital del Imperio si no lo era más y gran parte de ella se encontraba en sombras. En la parte situada al otro extremo de donde se encontraban, podían verse docenas de estanterías con un número indeterminado de volúmenes de misterioso aspecto; a la derecha, dispuestos en varias mesas, alambiques, retortas, frascos y otros enseres alquímicos o mágicos estaban colocados en apretadas filas ocupando tanta extensión como la biblioteca; a su izquierda, no había nada en apariencia, pero cuando Selva entró en la sala, una luz procedente de varias linternas reveló los últimos secretos. Sobre el suelo de esta zona, grabados con minuciosidad y paciencia, había un gran número de pentáculos, círculos y encantamientos de poder y magia.

Nurbilak no pudo reprimir una exclamación de asombro y todos los presentes tardaron en reaccionar ante tales prodigios. No obstante, pronto Fiudus se recuperó del asombro y, aparentando indiferencia, se adentró en el gran salón.

–¡Por fin indicios de magia seria! –dijo.

Seguidamente todos los demás lo acompañaron.

Selva y Ensueño, atraídos por el gran espacio abierto comenzaron a observar con interés los distintos relieves. Fue grande su sorpresa al descubrir que

entre los esquemáticos grabados de los conjuros había fragmentos de lo que pudieran ser fantásticas criaturas y hermosas plantas, incluso restos de algún recaudador de impuestos incauto. Mientras, Nurbilak admiraba la extensa biblioteca del hechicero que no sólo contenía arcanos volúmenes sino también tratados de historia, música y un centenar de disciplinas más, incluyendo la alta costura. Un poco más allá, Jorbash curioseaba en unos arcones que, por más que lo intentara, no lograba abrir.

De repente, Fiudus gritó:

–¡Por el aliento de Takimor! Mirad lo que tiene aquí este hechicero de tres al cuarto.

Cubierto por unas cortinas de terciopelo azul, había una pequeña sala en cuyo centro había una gran mesa de piedra. El montaraz ya había quitado el paño que lo cubría y se inclinaba curioso sobre ella. Todos dejaron de lado lo que estaban haciendo con las maravillas presentes en la sala y se dirigieron hacia el lugar de donde habían sido llamados.

Advirtieron al llegar que Fiudus estaba moviendo algo en la superficie de la mesa. Al parecer, la parte superior de la misma estaba compuesta por siete aros que podían girar en torno a una semiesfera cristalina. Engastados en ellos había varias gemas de diversos colores, tamaños y formas, y las recias manos de su líder trataban de hacer coincidir algunas de ellas.

–¿Qué es? –preguntó impaciente Selva.

Con el entrecejo fruncido, Fiudus movió otro aro.

–Bueno, ¿qué demonios es? –repitió Jorbash.

–Callad, que no logro concentrarme –protestó Fiudus.

Una pequeña luz comenzó a brillar en la esfera central.

–Creo que se trata de un sistema de visión o a algo así. Ahora ya sólo queda mover el último aro y hacer coincidir la gema tallada en estrella con la que parece un círculo.

–¿Estás seguro? –preguntó Ensueño.

–Pues claro –afirmó Fiudus.

Cuando el aro estuvo en su posición, la luz de la semiesfera trazó un rayo que alcanzó a la gema predicha por el montaraz. Seguidamente, se iluminó con una potente luz rojiza.

–¿Veis? Esto está controlado.

Una a una las gemas tocadas por el rayo fueron iluminándose desde el círculo más externo al interno: naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta. Después, los aros hicieron lo propio mientras una nota cada vez más aguda se escuchaba en el aire. Todos se inclinaban para intentar vislumbrar cuanto antes una imagen en la campana de cristal.

–Pues menos mal que no tenemos prisa.

No había acabado de pronunciar Jorbash esta última palabra, cuando una intensa luz blanca proveniente de la perfecta semiesfera cegó a todos los presentes.

## CAPÍTULO II

–Mierda con el mago. Sabía que el cacharro éste tenía que tener algún fallo  
–maldijo Fiudus. –¿Oye? ¿Hay alguien ahí?

Lo normal después de una pifia semejante era que le hubiese llovido una de pescozones antes siquiera de pronunciar la palabra “mierda”, por parte de sus compañeros –de hecho, ya había adoptado la pose defensiva, instintivamente–. No sucedió nada. Además de eso, no veía un carajo: todo estaba oscuro como el vientre de un dragón aunque, pensándolo bien, Fiudus jamás había estado en uno, ni falta que hubiera hecho. Era de esas experiencias que uno podía y debía evitarse por el bien de su salud.

Procedió a palpar la superficie sobre la que se encontraba, porque efectivamente, sus pies se hallaban sobre algo sólido, afortunadamente. Roca sólida, más bien una especie de empedrado. Un pasillo, quizá. Ciertamente, un pasillo: sus dedos no tardaron en encontrar una pared, del mismo material en apariencia. Si tan sólo Jorbash estuviera aquí... Los enanos sabían un montón de túneles y paredes y piedras.

–Jodidos enanos. Siempre faltan cuando los necesitas –murmuró para sí.

–Hola.

Tras reponerse del amago de infarto, Fiudus se percató de que una voz de mujer había salido de algún sitio detrás de él.

–¿Hola? ¿Dónde estás? No puedo verte.

–Estoy muy cerca... –la voz sugería una sensualidad sin límites, un océano



de placer insondable.

Entonces una mano le acarició el hombro.

–Menos mal que encuentro a alguien amistoso. No sé qué podría haberme pasado en un sitio como este...

–Ven conmigo... Te espera una cena succulenta, y un licor de almendras que te llevará lejos, muy lejos...

–Caramba, gracias por la invitación, pero la verdad es que tengo que buscar a mis amigos...

Ella lo estaba rodeando con sus brazos, suavemente, acariciándolo.

–Pueden esperar, ¿no crees?

–Hombre, pues... sí.

Ahora que se lo habían puesto tan fácil –nunca se lo habían puesto tan fácil, de hecho nunca se lo habían puesto–, no iba a decir que no, además, seguro que alguien que sugería de forma tan explícita conocer las formas más exquisitas de los placeres del amor, debía ser bellísima.

Ella comenzó a besarle, y sintió el contacto de sus labios rozar su poblado bigote.

Pero algo iba mal.

Él no tenía bigote.

En ese momento recordó a la única mujer que podía tenerlo.

Tan deprisa como pudo, y gritando histérico por el pasillo que no veía, corrió en dirección diametralmente opuesta a los brazos invisibles, hasta topar y

comprobar de primera mano la solidez de la pared del túnel. Entonces todo se hizo oscuro, aunque en realidad no hubo gran diferencia entre esa oscuridad y la anterior.

\* \* \*

–Sabía que no funcionaría –dijo, algo pesimista, Nurbilak.

–¿Dónde estará Fiudus? De repente, siento ganas de emprenderla a pescozones... –pensó Jorbash en voz alta.

Ninguno de los dos sabía dónde se encontraban ahora. Lo único que se podía constatar de su nueva situación era que aquel lugar era frío, húmedo, muy húmedo, y un tanto apestoso. Cerca de ellos, o quizá no, se escuchaba el rumor del agua corriente. Pero lo más importante de todo era que, a lo lejos, podía verse una luz.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó, dubitativo, Nurbilak.

–Caminar hacia la luz. Luego, ya veremos.

–Tú delante –el combate no era el fuerte de Nurbilak, ni mucho menos. Si había algo ahí, mejor que se encontrara de frente con el mal carácter del enano que con su propia debilidad.

–Debemos estar en algún tipo de alcantarilla. Esta humedad no es normal. Y este hedor... Seguro que estamos en Ilamea.

–No sabía que se pudiera distinguir una ciudad por el olor de sus alcantarillas.

–Y no se puede. Lo sé por los símbolos de Midir que veo en las paredes.

Vamos.

La visión nocturna de los enanos. Nurbilak se había olvidado de ella.

–¡Alto ahí! ¿Quién osa perturbar la paz del templo de Midir? –bramó una voz atronadora y ominosa proveniente de la luz hacia la que se dirigían.

Ambos se detuvieron, la sangre repentinamente helada en sus venas.

–¡Identificaos!

Nurbilak recibió un codazo en el costado de Jorbash, instándole a responder.

–N-nurbilak, s-súbdito de Midir. Me acompaña Jorbash.

–Esperad.

Una sombra humana taponó en parte la luz del túnel. Jorbash pudo ver a un anciano vestido con los ropajes ceremoniales de los sacerdotes del templo de Midir. Daba la impresión de que se los había puesto algo desordenadamente. Llevaba en la cabeza un gorrito con borla, de esos que se usan para dormir.

–Venid –dijo el sumo sacerdote. No era la misma voz que los había asustado hacía un momento.

–Sed bienvenidos al humilde... –la voz atronadora comenzó a sonar de nuevo.

–Déjalo –dijo con vehemencia el sumo sacerdote.

Se hizo el silencio. Jorbash observó que la voz provenía de algún lugar encima de ellos. Aguzando su visión, se percató de unas misteriosas oquedades, al parecer sin utilidad determinada, que se abrían a lo largo del techo hasta la luz.

Poco a poco, ésta iba invadiendo el pasillo en que se encontraban hasta el punto en que ya no se hizo necesaria la visión nocturna para ver que el pasillo llevaba a una habitación pequeña iluminada por varias antorchas. De algún lugar de la misma salió otro individuo, con cara de pocos amigos.

–Así no hay manera de hacer un trabajo bien hecho –refunfuñó el fiel acólito.

–Sabes perfectamente que me pone dolor de cabeza –respondió el sumo sacerdote–. Acabamos de estrenar un nuevo sistema de... ¿cómo lo llamó ese mago? ¿Megalomanía? ¿Cacofonía? ¿Psicofonía?

–Megalofonía –corrigió el fiel acólito.

–Eso. No habíamos tenido la oportunidad de usarlo hasta ahora. Ya perdonaréis.

El caso era que la voz del fiel acólito tampoco se parecía en nada a la que había sonado por las oquedades. Nurbilak había oído que, con la canalización apropiada, podía aprovecharse el eco producido por los diversos rebotes del sonido en las paredes para distorsionar la voz y llevarla a una distancia considerable manteniendo el mismo volumen y tono. Sin duda debía de tratarse de toda una obra de ingeniería, capaz de rivalizar con las de los gnomos.

–¿Qué tal ha ido? ¿Les parece bien este tono?

La voz salió de nuevo por una de las oquedades, pero esta vez era aflautada, débil, como acobardada.

Nurbilak vio cómo del agujero salía una cabecita barbuda.

–Enanitos ventrílocuos. Lo último en invocaciones, según nos aseguraron –dijo el sumo sacerdote. –Bien, bien, así está bien, gracias. –La cabecita volvió a su hueco. El sumo sacerdote añadió, volviéndose hacia los dos sorprendidos amigos–: Todavía estamos de pruebas. ¿Por qué no pasáis?

–Yo simplemente les susurro lo que tienen que decir –comentó el fiel acólito–. Muy útil para disuadir a los incautos.

–Interesante –dijo Jorbash.

–¿Qué os ha traído hasta aquí? Nadie frecuenta estas alcantarillas por casualidad –preguntó el sumo sacerdote, mientras Nurbilak y Jorbash penetraban en la estancia.

Nurbilak, situándose a un metro exacto de todo el mundo con sorprendente habilidad, respondió:

–En realidad, no lo sabemos. Si estamos aquí, es precisamente por casualidad.

–Hemos sido víctimas de una T.I.A. –añadió Jorbash.

–¿Una T.I.A.?

–Teleportación Involuntaria Aleatoria.

El sumo sacerdote se quedó en silencio, pensativo.

–Mal asunto –dijo–. Me temo que la teleportación queda fuera de nuestras competencias. ¿Dónde sucedió?

–En el laboratorio de un mago.

–¿Alguna trampa mágica? ¿Un duelo a muerte con un hechicero maligno? –

preguntó con ansiosa curiosidad el fiel acólito.

–En realidad, no. Inconsciencia propia del que actúa sin saber, más bien –  
repuso Jorbash.

–No seas tan duro con el pobre Fiudus. Seguro que lo hacía con buena  
intención –comentó Nurbilak.

El fiel acólito parecía un poco decepcionado.

–Claro. La misma buena intención con la que le voy a dar su ración de  
pescozones.

–Activó por error un artefacto de un mago amigo nuestro –dijo Nurbilak,  
apesadumbrado.

–Ya veo –murmuró pensativo, el sumo sacerdote.

–Mejor decir que lo activó erróneamente –corrigió Jorbash.

–Bien. Sólo se me ocurre que quizá alguno de nuestros adeptos pueda  
poseer la habilidad de devolverlos al lugar de donde habéis venido. O quizá...  
Quizá podríamos arreglarlo de otra manera. Ahora que lo pienso, podemos  
aprovecharnos de la H.E.R.M.A.N.A. de la T.I.A.

–No sabía que las teleportaciones pudieran tener parientes –dijo Nurbilak,  
perplejo-. Y, en todo caso, no me parece muy bien aprovecharnos de ellos sin  
conocerlos siquiera.

–Haz de Energía Residual Mística Aleatoria Nativa Asociada –corrigió, con  
una mirada de reprobación, el sumo sacerdote-. La mayoría de los fenómenos  
mágicos la generan. Recanalizada convenientemente, puede usarse para generar el

mismo efecto de nuevo.

–Y podría llevarnos de vuelta –apoyó Jorbash, esperanzado.

–Ciertamente.

Los dos amigos se miraron.

–Intentémoslo –dijeron casi al unísono.

\* \* \*

–Seguro que Fiudus ha roto algo –sentenció Selva.

–Ya verás cuando se entere Jairo –advirtió Ensueño–. Con el mal genio que gasta cuando se meten en sus cosas.

–En fin, ya está hecho. Mejor preocuparnos de nosotros mismos. ¿Dónde estaremos?

–Pues no tengo ni idea. Por cierto, qué oscuro está esto, ¿no?

–Vaya que sí.

Selva y Ensueño, como no podía ser de otra manera, habían aparecido juntos, víctimas de la misma T.I.A. que había afectado al resto de sus amigos, en una especie de túnel más negro que la noche misma. Bajo sus pies, notaban que el suelo de tierra estaba ligeramente embarrado. Tan sólo el tacto, algo que en absoluto les desagradaba, podía indicar que el uno se hallaba junto a la otra.

–¿Qué es esto que estoy tocando?

–¡Quita la mano de ahí, imbécil! Que aquí nos pueden ver.

–No sabía que tuvieras tentáculos.

Se hizo un silencio repentino, ese silencio tácito de dos personas que se

entienden a la perfección y que viene a decir “ay santa Cruna bendita, que aquí hay algo que no va bien”. Ensueño tragó saliva.

–Supongo que lo de que nos podían ver lo decías por estos doscientos ojos rojos que nos están mirando.

Retrocediendo lentamente, algo temblorosa, Selva respondió:

–¿C-cómo sabes que son doscientos?

–¡Mmmmfff! –exclamó Ensueño.

–¿Eh? ¿Qué di...? ¡Aaay!

De repente, antes siquiera de poder hacer intención de huir, un tentáculo viscoso, pegajoso, salió de la nada y agarró a Selva por el tobillo, arrastrándola hacia algún lugar el cual su fértil imaginación suponía que, como poco, tendría una buena hilera de colmillos afilados y un aliento pestilente propio de alguien que cuida su dentadura más bien poco. Por su parte, Ensueño trataba inútilmente de zafarse, logrando como único resultado que el tentáculo apretara su garganta más y más.

Aquella cosa debía ser inmensa, como para ocupar todo el maldito túnel.

Selva empezaba a comprobar con angustioso pesimismo cómo su imaginación no se había equivocado. Sus forcejeos eran inútiles; la criatura era cien veces más fuerte. Ensueño había perdido la consciencia y ya no respondía a los gritos de su compañera. Fue entonces cuando atisbó un destello de luz detrás de la criatura, seguido de un tintineo y del desenvainar de un arma. Poco después, un chillido emitido por mil voces ensordeció sus oídos, el tentáculo que la



agarraba lanzó con violencia a Selva contra la pared, y lo único que pudo ver finalmente era una cosa enorme, viscosa, retorciéndose de dolor, y una luz que se apagaba, quizá la de su propia consciencia\*.

–¿Oye? ¿Oye?

La consciencia de Selva volvía poco a poco de su hora de recreo, avisando con fuertes punzadas en la base del cráneo.

–¿Qué ha pasado?

–Un golpe contra la pared, probablemente.

Una voz extrañamente familiar la había despertado, aunque no podía ver su rostro. Todo estaba igual de oscuro que la última vez. El tintineo que recordaba haber escuchado parecía proceder de su cota de mallas.

–¿Ensueño? ¿Dónde está Ensueño? –preguntó inquieta.

–Aquí, despierto. Estoy bien –dijo, con la voz todavía ronca por el apretón del tentáculo.

–Gracias por salvarnos –agradeció Selva al desconocido.

–No hay de qué.

–¿Nos conocemos de algo?

–Eh... No, no creo. Afortunadamente me encontraba en el túnel, en el otro lado –parecía que estuviera trazando sus palabras con tiralíneas, como si quisiera ocultar algo–. Maté con mi arma a la criatura, pero perdí mi linterna.

–Vamos a buscarla entonces.

---

\* Los autores han considerado necesario introducir este momento de dramatismo en el relato con el fin de dar un merecido descanso al jolgorio y cachondeo imperantes. Rogando disculpen las molestias, prometen no abusar de estas licencias y retomar el tono alegre de la historia en cuanto sea posible.

–No, no hace falta –repuso la voz–. De verdad, no me hace falta para llegar afuera.

–¿Puedes guiarnos? –preguntó Ensueño.

–Ajá.

–¿Seguro que no nos conocemos de algo? –inquirió Selva.

–Que no, que no.

–De acuerdo, está bien. Por favor, llévanos a la salida.

Definitivamente tenía que conocer al dueño de aquella voz.

–Coged mi mano. Por aquí.

Empezaron a caminar. No tardaron en ver una luz al final del túnel, la luz de las lunas de guardia aquella noche.

–¿Sabes? Creo que tratas de ocultarnos algo –insistió Selva, cuando ya se acercaban lo suficiente como para ver el bosque esperando fuera.

–¿Eh? No, ¿por qué debería?

–No seas tan suspicaz, nos ha salvado la vida –dijo Ensueño, reprendiéndola.

–Tienes razón, amorcito. Perdóname, es que todavía estoy un poco mareada por el golpe.

–No pa... No hay ningún problema.

Al llegar a pocos metros de la abertura de salida, el hombre se detuvo.

–Yo me quedo aquí. Debo volver a por otra criatura que creo haber encontrado.

–Déjanos acompañarte, entonces. No debes ir solo.

–Hacedme caso. Id fuera –su voz sonaba extrañamente autoritaria, más una advertencia que una recomendación.

–Está bien. Vamos, Selva. Tenemos que encontrar a nuestros amigos.

–Bueno, de acuerdo –asintió Selva de mala gana.

Salieron de la cueva.

–Estoy segura de haber oído esa voz en otra parte –refunfuñó Selva, cuando se alejaban adentrándose en el bosque.

–Déjalo ya.

Una vez alejados una distancia que consideró segura, el hombre suspiró, aliviado.

–Qué poco ha faltado –murmuró–. No habría zoportado zuz rizitaz otra vez.

\* \* \*

Era el señor de un vasto dominio. Los años y la experiencia le habían otorgado el poder suficiente para, con el apoyo del pueblo, como era lógico y normal, ser elegido para regir el destino de su gran nación. Ahora lo tenía todo, incluyendo el harén en el que se encontraba aquel instante, repleto de odaliscas que sólo vivían por y para su bienestar. Mujeres venidas por su propia voluntad de todos los lugares del mundo, nórdicas bárbaras de pelo rubio y ojos grises, pecho exuberante, finas orientales esbeltas y delgadas, aroma de incienso, comunes de piel aceituna y cabello azabache, sabor a frutos del mar, negras

exóticas concedoras de placeres únicos e inigualados. Todas lo adoraban, y él les permitía acariciar su cuerpo fornido mientras encomendaba las labores más pesadas del reino a su corte de funcionarios, entre ellos Jairo, que por fin había reconocido su superioridad, y así mismo cuál era su sitio. Tenía sed, así que con un gesto de su mano, ordenó a una de sus mujeres que le trajera vino, algo que ella hizo con suma celeridad. Sonriente, aproximó la copa rebosante a sus labios para que no tuviera siquiera que hacer el esfuerzo de levantarla. Entonces, sin previo aviso, se la arrojó a la cara con saña.

Fiudus despertó.

–¿Te parece esto buen lugar para echar una siesta? –dijo Jorbash, entre risas. Nurbilak estaba con él, y también reía.

–Muy graciosos. Yo a punto de morir a manos de un ser depravado y vosotros ahí, partiéndoos de risa.

–No será para tanto. Si se te veía tan feliz... –dijo Nurbilak.

–¿A quién le decías eso de “sí, ráscame en la espalda, ahí, ahí, qué gustito...”?

–¡Yo qué sé! No me acuerdo. Lo único que recuerdo es encontrarme con una bruja en un pasillo subterráneo, y después de arriesgar mi vida valientemente enfrentándome a ella, ¿entendéis?, me decidí por una retirada estratégica en espera de que llegarais vosotros. Pero claro, como habéis tardado tanto...

–Claro, claro –comentó Jorbash, nada crédulo.

–Algo sí que debes haber combatido. Tienes un moretón en la frente, te

deben haber golpeado en la cabeza con una maza, o algo parecido –apuntó Nurbilak.

–¿Lo veis?

–Ya. En ese caso, ¿dónde está el túnel? Nurbilak, ¿has visto algún túnel por aquí, o algún agujero o salida que se le parezca?

–Pues... No.

–¡Os prometo que lo que digo es cierto!

–Vale, vale –dijo Jorbash, conciliador, dándole unas palmaditas en la espalda.

–¿Dónde están los otros? –preguntó, más calmado, Fiudus.

–Eso mismo quisiera saber yo. Pensaba que tras el desaguisado que has preparado, se habrían quedado contigo.

–Pues no, no están conmigo, evidentemente. Yo pensaba justo lo contrario, pero ya veo que no ha sido así. ¿Qué os ha pasado?

–Nos topamos con una tía que según el sistema de megalomanía del templo no se llevaba nada bien con el sumo sacerdote de Midir, así que al final nos aprovechamos de su hermana para traernos de vuelta...

–Déjalo, Nurbilak. Todavía tienes la mente nublada por la teleportación. Digamos que desaparecimos, reaparecimos lejos, desaparecimos de nuevo y, cuando reaparecimos, estábamos aquí. Por cierto, vaya pifia la tuya.

–No es por nada, pero yo ya sabía que fallaría –dijo Nurbilak.

–Eh, que todavía no sabemos si hemos roto nada. Peste de mago, seguro

que lo hizo a propósito. ¿Sabéis dónde estamos? Yo no.

-Ni yo.

-Ni yo.

-Bueno, quería decir que yo no tardaré en saberlo. Sólo hay que ponerse a caminar... Hacia allí.

Su seguridad y convicción hacían irresistible seguirlo, aunque no tuviera la menor idea de adónde ir. Comenzaron a caminar.

-No os pongáis nerviosos. Lo tengo todo bajo control -añadió.

-Eso es precisamente lo que me pone nervioso... -murmuró Jorbash.

-¡Eh! ¡Ahí adelante! -dijo una voz femenina, a unos metros de ellos en la densidad del bosque.

-¡Es Selva!

-Estamos aquí -dijo Ensueño.

-¿Lo veis? Ya sabía yo que íbamos por buen camino.

-Maldita casualidad -pensó Jorbash. Había algún tipo de siglas para definir esa situación, pero en aquel momento no las recordaba.

-Bueno -dijo Nurbilak, dirigiéndose a Jorbash. Por lo menos, ahora, estamos todos juntos.

### CAPÍTULO III

Llevaban casi dos horas y tres tandas de pescozones dando vueltas y, según Fiudus, debían haber recorrido casi tres millas por el frondoso bosque, aunque Jorbash aseguraba que no habían avanzado ni media y que más de una vez habían vuelto al mismo sitio por el que habían pasado. Sin embargo, todos confiaban en el excelente criterio del montaraz que siempre los había sacado de los más peregrinos apuros. A veces, para meterlos en otros, pero ese caso quedaba fuera de la cuestión.

–Por aquí ya hemos pasado –informó Jorbash.

–No, no. Estoy marcando el camino y no hay ninguna señal de que hayamos pasado por aquí.

–Tú dirás lo que quieras pero estas huellas son nuestras.

–Bueno, sí, tienes parte de razón. No os había dicho nada para no alarmaros pero creo que hay otro grupo en este bosque. Le he oído un par de veces a lo lejos. Seguro que nos siguen.

–El eco, Fiudus, el eco –aclaró el enano.

–No, estoy seguro de que eran otras las voces. Por eso he estado evitándolos.

–Es que, aunque quisieras, no podrías encontrarte con nosotros mismos.

Fiudus lo miro de arriba abajo, lo cual no le llevó mucho.

–Eres igual de cabezota que todos los enanos. Mira, tenemos que salir de aquí y me parece que soy yo el que tengo más experiencia en esta materia así que

calla y déjame hacer. Cuando estemos en uno de esos túneles inmundos de los que has salido, entonces haces lo que quieras.

–¿Qué estás insinuando? ¿Que mi hogar es inmundo?

–¡No, no, en absoluto! Quiero decir que, bueno, para una persona poco acostumbrada a los subterráneos como yo, esto, ya sabes, ¿entiendes?...

Jorbash estaba a punto de echar mano a su I.R.A.\* cuando la voz de Selva y Ensueño los distrajo. De todos modos, se dio cuenta de que se la había dejado en casa de Jairo. Sólo hay dos situaciones en las que un enano abandona sus armas, y sentarse a la mesa a comer era una de ellas†.

–¡Eh, chicos! Una luz.

Todos se dirigieron hacia allí olvidando las anteriores riñas. Cuando se reunieron con la pareja que se había retrasado un poco, todos pudieron darse cuenta de que un corredor entre árboles que había desestimado presentaba una leve claridad.

–¡Veis, estábamos muy cerca! Si no me hubieseis despistado... Venga, amigos. Esto ya está.

–Pues la verdad es que este bosque me suena –comentó por enésima vez Ensueño.

–Pues claro –repuso Fiudus–. Como que es el bosque que rodea la torre del mago. En cuanto encuentre el camino, que está por aquí cerca, seguro, no tardaremos ni media hora en llegar hasta la entrada de la torre.

---

\* Instrumento Reparador de Afrentas, nombre familiar que los enanos dan a su hacha de combate.

† Se deja la segunda a la calenturienta imaginación del lector.



–Ya, como la última vez –repuso Selva–. Espero que Jairo se dé cuenta de que estamos fuera y venga pronto.

–Eso, que en la mesa todavía quedaban los postres –recordó Ensueño.

–Mirad –anunció Nurbilak–. Allí tenemos el camino.

–Es que si no llega a ser por mí.

–Estaríamos cenando –terminó Jorbash.

–Estaríamos todavía perdidos –corrigió Fiudus.

–Bueno y ahora, ¿qué? –interrumpió Nurbilak–. ¿Los pasteles quedaban a la izquierda o a la derecha?

–A la derecha, por supuesto –afirmó el montaraz mirando como Cruna declinaba sobre el horizonte.

Sin una palabra más, los cinco compañeros emprendieron el camino bajo las estrellas. Sin embargo, en contra de las predicciones de su líder, el camino se alargaba. La inicial sonrisa reflejando seguridad y satisfacción dio paso a unas ciertas arrugas de preocupación en su frente aunque el avezado aventurero seguía demostrando una gran confianza en sus palabras.

–No os preocupéis. Todo está controlado.

–Eso me suena de algo –dijo Selva.

Entonces, al doblar un recodo del camino, una figura de un hombre con armadura completa, sin casco y con los brazos en jarras les impedía el paso:

–Alto, no podéis pasar.

Fiudus intentó no reflejar sorpresa pero al reconocer al caballero no pudo

evitar que se le desencajara la cara y su boca se abriese de forma desmesurada.

Jorbash, algo irónico, inusualmente para un enano, comentó:

–Creo que vamos a tardar algo en hincarle el diente a esos pasteles, ¿eh, Fiudus?

–Oh, mierda –fue lo único coherente que acertó a decir.

–¿Lo conoces? –preguntó Selva.

–Pero si este no es tu bosque... –balbuceó Fiudus. No parecía haberla escuchado.

–Mi bosque es aquél al que me lleve mi dama, montaraz.

–Hay que enfrentarse a él para pasar –dijo Fiudus. –Yo sugiero que demos un rodeo...

–¡Es el único camino en cientos de metros a la redonda! –protestó Nurbilak.

–Bueno, entonces, ¿a qué estáis esperando? Venga, Ensueño, no voy a hacerlo todo yo.

El caballero hizo ademán de decir algo, pero prefirió callar.

–¿Yo?, pero si...

–Hombre, que no se diga. ¿Acaso tienes miedo?

–Pues... –el joven nómada echó un vistazo a Selva que lo miraba fijamente; tras sopesar brevemente los pros y los contras de una posible bronca doméstica, dijo–: no.

–Antes de nada tengo que avisarte... –dijo Fiudus.

–¿Qué?

–No, nada. Lo comprobarás tú mismo –dijo, mientras Ensueño se dirigía decidido hacia el hombre.

–Ya empezamos... –murmuró el misterioso guerrero, torciendo el gesto. De forma indolente desenvainó su argéntea espada y se dispuso para la lucha.

Ensueño cogió una lanza que se encontraba a un lado del camino pero no le duró mucho. Consiguió arremeter dos veces contra el guardián del paso pero éste las esquivó sin problemas. En la tercera, la afilada hoja del caballero cortó en dos el asta de la lanza. Ensueño retrocedió un par de pasos y solicitó ayuda de sus amigos. Selva iba a unirse al lado de sus compañeros pero su contrincante le indicó con un gesto imperioso que era un duelo en solitario. Así, Ensueño cogió una espada que había en las cercanías e intentó de nuevo atravesar la férrea defensa del desconocido. Fue en vano. Instantes más tarde, el acero regresaba al suelo tras salir de las manos del valiente guerrero. Dándose por vencido, Ensueño retrocedió donde estaba el resto del grupo.

–Te ha vuelto el jubón del revés –susurró disimuladamente Nurbilak.

–No puedo. Es demasiado bueno –dijo Ensueño, desesperado.

–Te lo dije –afirmó Fiudus.

–No lo hiciste –respondió Ensueño, reajustándose el jubón.

–Lo intentaré yo –se ofreció Selva–. Yo no llevo jubón.

–Eso no importa –dijo el caballero–. Montaraz, todavía estáis a tiempo, y vais a conseguir que me enfade.

–Fiudus, responde de una vez. ¿Lo conoces o no? –preguntó Selva, presta ya a enfrentarse con el guerrero.

–Bueno, el caso es que... Bueno, me lo encontré en otro bosque junto con Caldam y Kasohn, y, esto...

–Tampoco pudieron pasar –terminó el hombre–. Retiraos. No lo repetiré.

Nurbilak, Jorbash y Ensueño se miraron entre ellos. Si había derrotado en combate a Caldam y a Kasohn, se trataba entonces de un rival que, casi seguro, estaba más allá de las posibilidades de los demás. Selva esperaba, espada en mano, alguna orden. Fiudus no lograba quitarse ese temblor de las rodillas, viejo compañero de fatigas ya.

–¿Qué hacemos? –preguntó Nurbilak.

–La torre de Jairo, ¿seguro que es por ahí? –quiso aclarar Jorbash.

–Pues...

–No –interrumpió el desconocido–. Su torre cae lejos de aquí, hacia el norte. Son dos días de camino a buen paso. Tú deberías saberlo –dijo señalando a Fiudus–. Por cierto, que contigo sí que querría enfrentarme.

–Sí, claro –consiguió balbucear Fiudus–. Otro día, ahora tengo prisa.

Las miradas de todos confluyeron sobre él.

–Sí, es que... esto... ¡Ahora recuerdo dónde estamos! No llegaremos a los postres pero...

–Ya hablaremos de esto, Fiudus. Te aseguro que hablaremos de esto cuando lleguemos a casa –dijo Selva.

Iba a ser un viaje muy largo.

## CAPÍTULO IV

Bajo unas estrellas brillantes, en el frescor de cierto jardín, un hombre joven, sentado a la orilla de un estanque pensaba en el futuro. El tiempo discurría silenciosamente casi de puntillas a su lado para no perturbar sus pensamientos. El sonido cristalino de la fuente central era lo único que se escuchaba a su lado. Y un batir de alitas.

–¿Se puede saber qué haces aquí solo?

–Ah, Irune, no te había oído venir.

La mano de Jairo siguió haciendo ondas en el agua.

–Se supone que eres el anfitrión.

–No, no. Es una fiesta de la Hermandad.

–Pues más a mi favor, además tú eres quien los ha reunido.

–Sí pero ya se divierten suficientemente sin mí. Fiudus y Jinash se encargan de ello.

La pequeña hada hizo un mohín de disgusto.

–Lo dudo. Jinash está ahora con los ojos en blanco, tumbado en el suelo. Demasiados pollos. Y Fiudus... El caso es que no lo encuentro. Kasohn y Caldam parece que están de entierro, aunque me he fijado en que los ojos les brillan de forma peculiar. Creo que tu cerveza ha tenido algo que ver. Así que me quedas tú. Como sólo bebes limonada...

–Me mantiene despejado, y es un instrumento básico para lanzar los conjuros correctamente.

–¿Quieres decir que todos los magos bebéis limonada?

–No, en absoluto. La magia es intrínseca a la personalidad de cada mago, así que cada uno usa el foco apropiado. El mío es la limonada, como el de otros puede ser la cerveza o ciertas hierbas aromáticas psicotrópicas que se deben tomar por inhalación.

–¿Psicoqué?

–Da lo mismo. La maga Denauron, para que su magia funcione, tiene que engatusar a alguien para que haga el trabajo que ella no quiere hacer.

–Pues sí que es complicado.

–Ya. Por eso ha organizado un hogar para jóvenes a los cuales usa con la excusa de ser un lugar para la cultura y las relaciones sociales.

–Eso es casi perverso.

–Los caminos de la magia son inescrutables y todo eso, ya lo sabes. En otra ocasión oí hablar de un mago que necesitaba de la proximidad de los animales. Ese caso sí que era trágico.

–¿Por qué? Animales no faltan...

–Era alérgico a todos ellos. Empezaba a estornudar sólo con verlos.

–Oh.

El breve silencio que se abrió paso –parecía que hasta la misma fuente se había callado– fue cortado de repente por las carcajadas de ambos. Algo más calmados, Irune dijo:

–¿Ves? Así me gusta. No hacen falta los demás para divertirse. ¿No

conoces alguna historia más? Ésta era muy buena.

–Hombre, pues me sé otra que habla de la bruja Ganiria... ¿Sabías que en cierta ocasión trató de engañar con sus ardidés a cierto caballero que...?

El sonido metálico de unos marciales pasos que se acercaban hasta ellos interrumpió la narración. Al volverse se encontraron con la seria figura, algo tambaleante, de Caldam. Sí que le brillaban los ojos, según constató Jairo.

–Kasohn se ha ido y Jinash no está en condiciones para sobrellevar una conversación coherente aunque no sé cómo ha podido comer todo lo que ha tomado.

–Sí, perdí la cuenta en la quinta jarra de vino y el tercer pollo, ¿o era el cuarto? –dijo Irune.

–No obstante venía para advertirte que el resto ha hecho una incursión en tu laboratorio.

El rostro del mago se endureció aunque más de preocupación que de enfado e instantes después dijo:

–Espero que no les haya pasado nada. Todo está protegido o desactivado salvo el teleteléfono.

–¿El telequé? –Irune empezaba a tener la sensación de que el lenguaje de los magos no estaba hecho para ella.

–Un artefacto de mi invención. Si se les ocurre tocarlo...

–¿Qué puede pasar? –preguntó Caldam.

–Casi de todo. Vamos para allá.



## CAPÍTULO V

Habían escogido un recodo del camino al resguardo del viento para descansar. Si era cierto lo que el enigmático caballero había dicho, y Fiudus no lo había negado, les esperaban dos días de larga caminata y no era cuestión desfallecer a mitad del recorrido. Así habían elegido ese lugar y mientras unos daban alguna cabezadita, otros vigilarían. Sin embargo, uno tras otro fueron cayendo en un profundo sopor por lo que nadie advirtió como alguien se acercaba a ellos.

–¡Gandules, arriba! –gritó una voz de mujer.

Un fuerte puntapié despertó a Fiudus mientras las cabezas somnolientas de todos, coronadas de agujas de pino, se elevaban un poco.

–¡He dicho que arriba!

Se trataba de una damisela de belleza sin igual. Su largo, delicado vestido blanco le llegaba a los pies ocultándoselos. Sus facciones angelicales quedaban coronadas por una diadema de oro y diamantes. Fiudus notó cómo todos sus sentidos despertaban al unísono ante la oportunidad. La mujer alargó una fina mano, adornada con diamantes, hacia su tetilla izquierda, agarrándola con delicadeza. De repente, apretó, retorciéndosela. Increíblemente, el leve tirón de la frágil dama catapultó a Fiudus cinco metros hacia adelante y aún hubiera llegado más lejos de no ser por el árbol que se interpuso en su camino. El resto, un poco asustados de la energía desarrollada, no tardaron lo más mínimo en alcanzar la postura que solicitaba, con tan buenas maneras, la joven.

-¿Se puede saber qué hacéis aquí?

-Nosotros estábamos descansando...

-No busquéis excusas -cortó la autoritaria señora a Fiudus-. Habéis entrado sin permiso.

-Pero...

-Sin peros. Como que me llamo Altea habréis de pasar una prueba.

-Pero...

-¡Silencio! Sólo pido silencio. He dicho que sin peros. La prueba es la siguiente. Os cogeréis de la mano todos, pasaréis una pierna sobre las manos enlazadas y cantaréis: “un pato camina de lado siempre que camina al revés” mientras dais vueltas en círculo.

Un poco amedrentados ante la imponente figura de la dama, todos comenzaron a hacer lo que decía salvo Fiudus que ya repuesto del susto inicial comenzó:

-Disculpe, señora...

-Altea, mi nombre es Altea.

-Disculpa, Altea.

-¿Quién te ha dicho que me puedes tutear? -dijo ella, dirigiendo una mirada fulminante al montaraz.

-Bueno, pues disculpe, Altea... Creo que no nos merecemos esto. No veo la razón y es injusto el ridículo al que nos obligáis. Si al menos...

-Pero... ¡tendrás valor! Así que no sabes lo que has hecho.

–Pues no.

–¡Pues yo no te lo voy a explicar! –cortó agarrando a Fiudus de la patilla y levantándolo en el aire como si pesara menos que una pluma.

–¡Ayayay!

De un empujón lo arrimó a sus compañeros, que esperaban muy atentos.

–¡Eh, que yo no he hecho nada para merecer esto!

De nuevo, otro empujón lo obligó a dar unos cuantos pasos hacia atrás.

–Mira, que soy un caballero y no pego a las damas.

Una sonora bofetada le cruzó la cara mientras una aguda voz le decía.

–Fiudus, despierta de una vez. Salimos ya.

Entonces, de repente, la figura de la misteriosa mujer se transformó en la conocida de su amiga Selva. Sus ojos parpadearon unos instantes y su mano fue hacia el dolorido carrillo. La pequeña nómada se levantó y se volvió a sus otros compañeros.

–Es que no tenéis mano para despertar a éste por la mañana.

Todos la miraron sorprendidos, alguno con la mano en la propia mejilla, deseando no encontrarse en el lugar de Fiudus, al cual le corría una lagrimilla por el rostro a causa del impacto, y haciendo propósito de levantarse muy temprano todos los días.

## CAPÍTULO VI

Durante todo el día estuvieron caminando liderados unas veces por Fiudus y otras guiados por Selva y Ensueño que a partir de cierto rodeo por el bosque comenzaron a recordar el camino. Sus pasos se dirigían en aquellos momentos hacia un puente.

–Fiudus –preguntó Ensueño–, ¿no había por aquí una posada?

–Sí, la hemos pasado hace rato, por la mañana.

–Pues yo creía que estaba en el propio camino.

–Sí, pero pensé que no necesitaríamos entrar, así que nos hemos desviado por una vereda cercana que conozco como la palma de mi mano. Como era muy temprano he creído que lo mejor para todos era seguir caminando.

Jorbash, que iba detrás de ellos, carraspeó ligeramente.

–¿Tienes algo que decir? –dijo, volviéndose algo irritado el montaraz.

–No, nada. Estaba pensando en lo extraño que me parece que tú evites pasar por una taberna. ¿No será que estás tratando de decirnos una M.E.D.I.D.A.?

–¿Eh?

–Mentira Especialmente Diseñada para Incautos, Desmañados y Aventureros. Algún día os enseñaré el idioma enano.

–Pues no. Que sepas que, primero, es una posada y segundo, tenemos prisa.

–Ya.

–¿Acaso no me crees?

–Pues no.

–Allá tú. Si quieres puedes volver pero yo tomé la decisión que creí correcta. Hay veces que hay alguien que tiene que imponer su criterio.

–Pero, Fiudus –dijo Nurbilak que se había unido a la conversación– ¿no dices que Jairo...?

–Pero bueno –le cortó secamente Fiudus–, ¿vamos a quedarnos hablando aquí todo el día? Andando.

Y diciendo esto, se dio la vuelta y dirigió sus pasos hacia el puente. Los tres guerreros se miraron sin saber qué decir. Ensueño se encogió de hombros y se acercó a Selva que estaba trenzando unas flores en la vereda del camino. Jorbash torció el gesto y movió la cabeza mientras Nurbilak sonreía pacientemente.

–Creo que la hija del posadero conoce a Fiudus –aventuró.

–Ya –respondió Jorbash.

Con una guirnalda en cada cabeza, Selva y Ensueño los llamaban desde la entrada del puente junto a Fiudus.

–Qué curioso. De repente me entran ganas de escuchar a Jimi Hendrix –comentó Ensueño.

–¿Y ése quién es? –preguntó Selva.

–No sé. Me ha venido el nombre a la cabeza.

Cuando, de nuevo juntos, se encontraron en medio del puente, se oyó un fuerte grito acompañado de un ruido sordo. Todos se volvieron al unísono. Una

grotesca figura de más de tres pasos de alto, con el peso de una vaca y un notable hedor, blandía un garrote mientras decía:

–Este es mi puente. Si queréis pasar, pagad.

–No lo puedo creer. ¿No ves las guirnaldas? Vamos en son de paz, hermano– dijo Ensueño. De veras lo de las flores le estaba afectando.

–Por lo menos esta vez podemos pagar –añadió Nurbilak.

–Pago o pego. Bueno, la verdad es que me apetece pegaros sin más. Pero hay que cumplir las reglas –bramó el troll–. Vamos, que no tengo todo el día.

Todos se reunieron junto a Fiudus, su indiscutible líder, confiando en su buen hacer y valor. Arropado por el calor de sus amigos o más bien empujado por un astuto Jorbash, el recio guerrero dio un paso.

–Mire usted, ¿señor? No es que pensemos que este no sea su puente, ¿entiende? Por cierto, ¿puedo llamarle de tú? –a veces uno debe aprender de los sueños, por si acaso.

El troll, algo desconcertado, golpeó con la tranca en el suelo.

–Mira, tío. Lo que yo quiero es vuestro oro, ¿vale? Vosotros me pagáis y yo os dejo pasar, fin de la historia, vosotros por un lado, yo por el mío, tan amigos, si te he visto no me acuerdo, etcétera, ¿capicci?

–¿Cómo?

–Déjalo. Ya sabía yo que no tenía que aceptar este trabajo. Con lo bien que se lo pasa uno arrasando poblachos y violando viejas.

–Vale, vale, amigo. Es que verás, estábamos en casa de un mago cuando

tuvimos un accidente y nos teletransportamos hasta aquí, ¿entiendes?

–Algo que ver con su tía –apuntó Nurbilak –. O con su hermana. Bueno, yo qué sé.

El troll parecía cada vez más disgustado, y Nurbilak no parecía haberle ayudado a recuperar su equilibrio con el cosmos. De todas formas, los trolls estaban siempre de mala leche. Fiudus siguió intentándolo.

–Ya ves que no llevamos armas y, obviamente, tampoco dinero. Así que, quizá podrías dejarnos pasar y...

–Ya estamos con el viejo cuento. ¿Y esa espada? –dijo, señalando a Selva –. Para mondaros los dientes, supongo. Quiero el metal. Ya.

–Te has equivocado de medida, hermano –comentó Ensueño a Fiudus, disimuladamente. En realidad no estaba muy seguro de lo que había dicho.

–¡Déjate de siglas! Jodidos enanos...

–¡Eh! –dijo Jorbash, por detrás de él.

–Buen rollito, hermanos. ¿Por qué no nos fumamos un peta, y allá paz y después gloria? –apaciguó Ensueño.

–¿Qué es un “peta”? –preguntó Nurbilak.

–Pues no lo sé. ¿He dicho yo eso?

–Anda, quítate la guirnalda de una vez –dijo Selva.

–Oye, mira –Fiudus se volvió al troll, tratando de controlar el creciente caos entre sus filas–, en serio, que no llevamos nada que te pueda interesar. Por favor, somos pobres y...

–A la mierda.

El troll ya no aguantó más y se lanzó sobre él. Fiudus, merced a su veteranía en estas lides, esquivó el garrotazo, el cual fue a alojarse entre la oreja y el cuello de Selva, saliendo ésta despedida unos metros a la derecha. Mientras, el resto de sus compañeros se abalanzaban sobre la criatura. El resto a excepción de Ensueño, que se había alejado de allí para recoger unas cuantas flores con algún extraño fin. Nurbilak, pese a sus reservas, rompió sus votos de no acercarse a más de un metro de nadie y entró en la refriega. En unos instantes, y gracias a unas enredaderas que Jorbash fue a recoger a un extremo del puente redujeron al troll sin problemas, dejándolo a un lado del puente. Ensueño se acercó a él y decoró su cabeza con una bonita guirnalda, hecha para la ocasión. En un sorprendentemente breve lapso de tiempo, había reunido guirnaldas para todos. Recuperando entre risas y bromas a una magullada Selva, prosiguieron el camino. Con guirnaldas en la cabeza.

–Ahora en serio –comentó Jorbash, que, pese a ser una mariconada en su opinión\*, se estaba sintiendo muy a gusto con las florecillas–, hermano Fiudus, ¿no podrías haber echado una mano?

–Cómo mola esto. ¿Nos hacemos unos petas? –preguntó Nurbilak.

–¿Y no estuve entreteniéndolo para que lo cogieseis por sorpresa? Siempre tengo que hacerlo yo todo. Vamos a buscar unos hierbajos.

–Me parece que el que acabó entreteniéndolo soy yo –dijo Selva –. Aún

---

\* Y es que los enanos son muy machos. Esto incluye a las hembras de la raza.



estoy viendo estrellitas.

–Eso es la guirnalda, ¡ji ji ji ji! –flipó Ensueño.

–Lo dudo. Se me ha caído con tanto trajín.

–Bueno, es que me gusta compartir los momentos importantes con mis hermanos. Este era un momento importante.

–¡Pues vamos a celebrarlo! –a Nurbilak le estaba costando articular palabra, la lengua como un estropajo.

–¿Qué habrá querido decir el troll con eso de aceptar el trabajo? –preguntó Jorbash, cuya visión empezaba a emborronarse.

–¿Qué importa eso ahora? –respondió Fiudus –. Lo que importa es que hemos salido triunfantes gracias a nuestra acción valerosa, coordinada y... ¡Somos la leche!

–Pues yo creía que la leche era blanca, ¡y tú te estás poniendo azul! –rió Nurbilak, bastante afectado ya.

–¡Takimor bendito, vaya C.I.E.G.O.\*! –dijo Jorbash, que sólo veía colores brillantes y formas cambiantes. Una mirada a sus hermanos cósmicos confirmó que, efectivamente, Fiudus era azul, uno muy oscuro, pero no era el único que había cambiado. A Nurbilak le habían salido unos cuernecillos muy simpáticos, lo que parecía no importarle demasiado. A Selva, en cambio, le habían crecido orejas de gato, y lo cierto era que le quedaban muy bien. Ensueño había adquirido los colores del arco iris, turnándose su orden cada cierto tiempo por toda la piel.

---

\* Cogorza Inesperada Extra Grande y Obtusa. Otra vez idioma enano.

Todas estas visiones estaban llevando a Jorbash a proferir una risita tonta, como de hiena, la cual derivó a carcajada cuando se dio cuenta de que, de cintura para abajo, ya no tenía pies, ni piernas, sino unas elegantes pezuñas de sátiro. Los intrépidos aventureros se miraban unos a otros y reían y reían sin parar, contemplando las novedades anatómicas que les habían aparecido, las cuales en buena parte de los casos mejoraban ostensiblemente sus aspectos.

Selva, mientras tanto, no sabía ya qué cara poner ante el descontrol. Al no llevar guirnalda, no había quedado afectada por las florecillas. Y no le hacía ninguna gracia lo que estaba viendo. Decidió actuar, empezando por su amado.

–¡Ensueño! ¡Quítate eso ahora mismo! –gritó.

–¡Jur jur jur! ¿Por qué no me lo quitas tú?

Selva arqueó una ceja, esbozó una sonrisa. Se iba a arrepentir de eso.

–Ya voy, cariño. Ya voy.

Ni corta ni perezosa, una vez cerca de su novio, agarró firmemente por el lugar más disuasorio que se puede encontrar en la anatomía de un hombre\*. Del cuerpo de Ensueño sólo se resintió otra parte: los ojos se le salieron, momentáneamente, de las órbitas.

–Me la quito. Ahora –la risa se le había cortado de golpe. De hecho, se había hecho un silencio casi de cementerio. Nurbilak se echó mano disimuladamente a la entrepierna, solidario con Ensueño.

–¿Quién quiere ser el próximo? –preguntó Selva, sin soltar presa.

---

\* Efectivamente, ése que están ustedes pensando.

Casi al unísono, Selva vio cómo cuatro coronitas de flores caían a sus pies.

–¿Podemos irnos ya? –dijo ella.

Con la misma celeridad, asintieron con la cabeza varias veces y reanudaron la marcha. Selva aún tardó un rato en soltar a Ensueño.

## CAPÍTULO VII

El grupo siguió el camino claramente definido pese a las protestas de Fiudus que decía conocer un atajo. La experiencia, madre de la ciencia, los grandes guerreros y los supervivientes a actos de mayor o menor inconsciencia, había enseñado sobradamente a casi todos que el camino más seguro era el habitual o al menos el que la gente normal usaba. Anocheció y pronto distinguieron la puerta de la fortaleza.

Allí, bajo la luz eterna de unas antorchas mágicas, se encontraban Jairo y Caldam dándose un apretón de manos. Un suspiro de alivio surgió del maltrecho inconsciente colectivo del grupo.

–Lamento que tengas que irte tan pronto.

–Yo también, pero el mensaje era claro.

–Esperaba poder jugar otra partida de ajedrez.

–Otra vez será.

–Mira. Fíjate quien viene.

–¡Hola! –gritó a lo lejos Selva–. ¡Ya estamos aquí!

Jairo saludó con la mano recibiendo respuesta de Nurbilak, Jorbash y de una animada Selva. Ensueño parecía dolerse todavía de algún sitio en la entrepierna. Daba la impresión de que ahí no había pasado nada.

–No habéis tardado mucho –comentó Caldam.

–No hemos hecho caso a Fiudus –dijo Jorbash–. No al menos en la última parte del camino. Podríamos haber llegado antes.

–Bueno, pero así evitamos a los orcos.

–Y nos tropezamos con el troll –apostilló Selva.

–Pero no tuvimos ningún problema gracias a que yo me enfrenté sin miedo con él, cara a cara, y así pudimos tenderle una trampa.

–Permíteme corregirte –dijo Jorbash–, la trampa nos la tendió él, Selva se enfrentó sin miedo y, de milagro, conseguimos reducirle mientras tú te quedabas mirando.

–Es que no lo iba a hacer yo todo.

–Como siempre –dijeron al unísono Caldam y Jairo.

–Por cierto –interrumpió Ensueño–, ¿podemos cenar algo? Llevamos dos días a base de bayas y brotes...

–Sí, pasad. Creo que Jinash dejó algo.

–Bueno, yo sólo he venido a recoger unas cosas –comentó Fiudus–. Es que he quedado con unos amigos mañana por la mañana en Ilamea...

–Pues lo tienes difícil para llegar a tiempo –comentó Jairo.

–¡Hombre! Lo bueno se hace esperar.

–Seguro que los conocemos –dijo Selva. Ya estaban acostumbrados, en el fondo, así que sólo se limitó a suspirar.

–En fin. Voy a prepararos la cena –dijo Jairo–. Fiudus, tienes tus cosas donde las dejaste. A propósito, la próxima vez tened más cuidado en el laboratorio.

–Pero si no tocamos nada –midió\* Fiudus–. Nos acercamos a la mesa redonda esa y algo se disparó. Deberías tener más cuidado con tus objetos mágicos.

–Yo creo que tu tía se metió por medio –comentó Nurbilak–. Si no llega a ser por tu hermana...

–¿Mi tía? ¿Mi hermana? ¿Tan lejos aparecisteis?

–No te esfuerces –dijo Jorbash–. Está aprendiendo a hablar enano.

–Ah.

–Y no se me da mal. Le estoy cogiendo el gusto.

–Sí, claro, por supuesto. Anda, entrad. Caldam, buen viento. Fiudus, ya hablaremos.

–Pues ponte a la cola –ironizó Selva.

–Gracias, cuídate –Caldam, con un gesto, se despidió de todos, montó en un soberbio alazán y partió veloz.

El resto entró en la torre y, guiados por el joven mago, llegaron a la cocina donde les preparó una cena rápida†. Entre todos, con más o menos inexactitudes, con más o menos contradicciones, le contaron las aventuras de los dos últimos días. Poco después, Ensueño, Selva, Jorbash y Nurbilak dormían en sus cuartos el sueño de los justos y Jairo acompañaba a Fiudus a la puerta.

–No vas a llegar.

---

\* Los autores han empleado ya tantos idiomas diferentes a lo largo de la historia que no saben muy bien lo que se hacen.

† La cocina, que estaba bien enseñada. Jairo solía limitarse a mirar, en esos menesteres.

-Bah, seguro que esperan. Soy imprescindible, ya lo sabes.

-Desde luego. Buen viento, Fiudus.

-Nos vemos.

Jairo vio ocultarse a Cruna y Mlita mientras el montaraz se alejaba canturreando una canción del conocido grupo Mithrillica.

-No cambiaré nunca. Siempre cantando las canciones de esos bardos melenudos -murmuró Jairo para sí.

## EPÍLOGO

Atardecía en un claro de cierto bosque encantado que rodeaba la torre del joven mago. La luz suave del crepúsculo a finales del verano había traído una ligera brisa que hacía ondear las pequeñas hierbas que subsistían tras la estación seca. Una interesante pareja conversaba bajo un nogal.

–Lamento que te vayas tan pronto –dijo Jairo.

–Yo también pero tengo otros compromisos. Hay una gran fiesta en el bosque de la Niebla y no puedo faltar –se excusó Irune–. Podrías venir. Habrá limonada.

–Me temo que la limonada de las hadas es demasiado para mí. Gracias de todos modos. Al final te has divertido, ¿verdad?

–Sí, sobre todo con el telémaco ese del laboratorio.

–Telemetrófono.

–Lo que sea. Dime una cosa: ¿cómo logró escapar Fiudus de la gruta de Ganiria?

–Magia. Cosas de hermanas.

–No entiendo.

–Es... Lenguaje enano. No puedo explicártelo mejor. Quizá Nurbilak podría aclarártelo. Mejor todavía, el propio Jorbash.

–Bueno, casi que no. En fin, lo único que me pena es que no me dejaste lanzar ese hechizo.

–Ya tenían suficientes problemas con el troll.



–Pero hubiese sido más gracioso con dos –protestó el hada a la par que guiñaba un ojo.

–Traviesa...

–Pues no fui yo la que puso el puente...

–Ni yo las flores.

Los dos estallaron en carcajadas. Las alas de la pequeña figura la elevaron unos instantes mientras se reía con el mago. Después una luz dorada la envolvió y salió volando.

Mientras el hechicero regresaba a sus quehaceres habituales pensó en repetir más a menudo estas fiestas.

Written, Produced and Directed by: Joaquín Gracia y Jesús M. Vidal.

Starring: Navegantes de la Pluma, y ese elenco de secundarios que, poco a poco, van entrando en la leyenda. Y no lo decimos por Ganiria. Gracias, chicos.

Some animals were harmed in the making of this story. Animal action was monitored by the Barbate Inhuman Association for legal purposes\*.

---

\* Es decir, Antón Pirulero, que cada cual atienda a su juego, etcétera. El relato necesitaba de algún detalle ecologista, y los autores no han podido encontrar otro más conveniente o sensato. Se aceptarán en el futuro todo tipo de sugerencias.